

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Cuestion de los sombreros, por D. Francisco Flores Arenas.*—*El Sr. Francisco, por D. Francisco F. Arenas.*—*Tributo de cariño á mis tres Marías, por Doña Victoria Bridoux y Mazzini de Dominguez.*—*La Ascension, por D. Luis del Barco.*—*La reina sin nombre, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.*—*Geroglífico.*

CUESTION DE LOS SOMBREROS.

"Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

—¿Y en qué capítulo lo dice?

—En el capítulo de los sombreros."

El médico á palos (comedia.)

No ha mucho tiempo que la cuestion de Oriente se agitaba en los campos de la Crimea y en las aguas del Mar Negro con todo el encarnizamiento propio de un siglo altamente filantrópico y humano, como lo es este en el que tenemos la dicha de vivir. Algo de sombrero tenia ya esta cuestion, puesto que la causa, ó al menos el pretexto, eran los turcos, que no usan semejantes tapaderas. Aquello se terminó amigablemente, despues de haberse roto la crisma cuatro ó cinco potencias de Europa; pero como el comer y el rascar diz que todo es empezar, ahora tenemos frente á frente en las orillas del Pó á dos perros de Terranova que menean las colas, que se gruñen y que se enseñan los dientes antes de darse el primer mordisco. No hay que estrañarlo: la paz en una cosa tan insípida que no concebimos como hay quien la apetezca.

Ahora bien, el espíritu guerrero es contagioso. La neutralidad nos ha puesto el bozal, y el que mas tiene que contentarse con ladrar. Hagamos pues la guerra á alguien, nos hemos dicho; ¿pero á quién se la haremos? A cualquier cosa; á los sombreros, verbigracia, como pudiéramos habérsela declarado á los

calcetines. No haya miedo que en esta campaña haya muchos muertos ni heridos.

Pero no es al sombrero al que se fulmina el anatema, es al sombrero llamado de copa alta á quien se quiere desposeer de las conquistas hechas durante el espacio de un siglo poco mas ó menos. Verdad es que su existencia no está garantida por ningun tratado, y que congreso ninguno europeo ha sancionado sus invasiones. Esto invalida de todo punto el derecho que pudiera alegar para mantenerse en posesion de las cabezas actuales, y mas todavía de las cabezas de las generaciones futuras.

Pero sigamos paso á paso la historia de las vicisitudes del sombrero hasta venir á parar á lo que es hoy.

El antiguo chambergo, despues de haber doblado primero un ala, dobló luego otras dos, y cátenle ustedes con tres picos, haciendo juego con el casacon de la época de Felipe quinto. Los tres candiles cedieron despues el paso á las dos puntas que hoy conserva todo trage de uniforme, y que todavía en los tiempos de la guerra de la independecia era el usual hasta en el pueblo bajo de Madrid. Un sombrero de esta especie colocado de frente no ha muchos años que era de fórmula para los toreros de Madrid. Pero ya mucho antes de eso, y al aparecer el frac, el sombrero quiso acomodarse á lo ridículo de este trage, y acortando sus alas fué creciendo de copa, semejándose á la feísima gorra que importó de Inglaterra Felipe segundo.

Ya por entonces cada una de las clases sociales habia empezado á renunciar al trage peculiar que antes las distinguia. Francia, que en esto de modas ha llevado siempre la batuta, al querer en el último siglo nivelar á todos, principió por borrar las distinciones exteriores del trage, y el frac y el sombrero de copa alta se hicieron allí universales, fuera del caso de cargo público. La Europa entera fué siguiendo

do el impulso, porque la moda es mas poderosa que la política, y véase al sombrero en cuestion entronizado.

Desde entonces los hombres se han estado mirando unos á otros, se han visto al espejo, y con el acento de la conviccion han exclamado: *Esto es bastante feo*. ¿Pero quién vá á pedir á la moda cuenta de sus caprichos? He aquí por qué á pesar de todo ha vivido, vive, y lo que es peor, es probable que siga viviendo aun quien sabe hasta cuando, si para acabar con él confiamos solo en nuestras propias fuerzas. La Europa entera, que ha vestido á los turcos de levita, así lo quiere, y nosotros no hemos de ser una aberración de la Europa entera, máxime cuando los que han de dar el tono en punto á vestidos, hacen venir de París ó de Lóndres su traje completo.

Revoluciones de esta especie no pueden hacerse sino gradualmente y partiendo la iniciativa de los grandes centros, ó mejor dicho, del gran centro, de París. Todos saben que los figurines de allá se acatan aquí tanto por lo menos como una real orden, lo cual no es extraño, puesto que á sus decisiones es la corte la primera en someterse: así mientras no veamos figurar el chambergó en los boletines oficiales de la moda parisiense, con razon desconfiamos de que llegue á hacerse su uso tan universal como se pretende por algunos. El hongo es cierto que se ha recibido bien, que se ha generalizado bastante; pero no ha sido posible hacerlo salir de los límites que desde el principio se le impusieron, y todavía no hemos visto al ayuntamiento, por ejemplo, asistir de frac y hongo á ninguna funcion precedido de sus maceros, ni ha osado aun la mas desprecupada elegancia presentar en acto alguno de verdadera etiqueta la cómoda y hasta graciosa cubierta de que hace uso casi general fuera de aquellos casos. Por algo se empieza, es verdad, pero las variaciones que tocan al exterior dela persona no se hacen por ferro-carril. Coletas hubo, y no pocas, que sobrevivieron mas de veinte años á la destruccion de su raza, y otras que solo sucumbieron con el individuo.

Ciertísimo es que lo que se propone es har-to menos feo que lo actual; ¿pero qué haremos si nos calamos un chambergó con plumas sobre un frac de cola de pato, una corbata y un pantalon? Tanto valiera ponerse un sombrero de tres picos sobre una toga romana. Ya que hemos de tomar por figurines los retratos de Felipe cuarto, tomemos todo y no una parte, venga el bombacho, la ropilla y la capa corta, y seamos personajes de las comedias de Calderon. O todo ó nada; lo demás es quínola.

Tampoco estamos porque tal innovacion se pretenda llevar á cabo bajo coaccion alguna, siquiera esta sea la de los silbidos, segun parece que se ha intentado en alguna parte. Cada uno es editor responsable de su vestido, y puesto que la ley no prohíbe el sombrero de copa alta, bien es que en este punto se respete el derecho individual; que no ha de ser el sombrero de peor condicion que las opiniones políticas.

De asunto tan grave, y que divide el interés con el de los partes telegráficos del teatro de la guerra, y casi casi con la cotizacion de la bolsa, procuráremos tener al corriente á nuestros lectores, y tanto mas cuando que siendo esta una cuestion de modas, entra de una manera muy especial en el círculo de nuestras atribuciones. Para ello nos proponemos ir trasladando oportunamente á nuestras columnas algunas de las graciosas composiciones insertas en un folleto que con el título de *El sombrero* acaba de publicarse en la corte, y que ha obtenido un éxito tan extraordinario como merecido.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SR. FRANQUELO.

Acaba de llegar á esta ciudad donde, permanecerá breves dias, nuestro amigo el Sr. Franquelo, director del acreditado periódico malagueño *El Correo de Andalucía*, y distinguido poeta. La circunstancia de su oportuna venida ha hecho que pueda dirigir los últimos ensayos de una zarzuela, letra escrita por él, titulada *De la muerte á la vida*, de la cual nada podemos decir por hoy, porque á la fecha en que escribimos esta nota no se ha puesto aún en escena, si bien lo estará ya cuando este número se publique.

Conocemos la obra, aunque no su música; pero si respecto á la parte que conocemos tenemos formada nuestra opinion, altamente favorable por cierto, fáltanos saber cual podrá ser su éxito ante el público, por mas que esperamos sea tal como merecen los indisputables primores literarios de buena ley que la adornan, y á los que se ha hecho justicia en los varios teatros de primer orden donde ha sido ejecutada hasta ahora. Anunciamos ocuparnos de ella en el próximo número.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TRIBUTO DE CARÍO
 Á MIS
TRES MARIAS.

FANTASIA.

I.

Era una noche clara y serena. El cielo azul de mi encantadora Sevilla resplandecía salpicado de fulgurantes estrellas.

Todo quietud, todo poesía.

La brisa fresca y ligera, agitaba mis largos y blondos cabellos. Apoyada en un balcon bastante elevado, dejaba vagar libremente mi pensamiento por el espacio ilimitado.

Mi blanco traje ondeaba en mi rededor como una vagorosa nube, que me envolvía ligeramente.

Un cinturon celeste ceñía mi delgado talle.

Entonces era casi niña, y mis megillas estaban dulcemente coloreadas con el matiz bellissimo de la primera edad: y entonces se deslizaba mi vida sin hallar escollos en su plácida corriente.

Y sin embargo de mi estremada juventud, mi frente era pensativa, fija mi mirada y esclarecido mi entendimiento y melancólico mi corazon; y mis ojos se volvian sin cesar al cielo, y mis piés se deslizaban sin rumor sobre la tierra, que no encontraba para mí mas que el cariño maternal.

Ay! en aquella noche mis ojos se nublaron de llanto, porque sentía oprimido el corazon: lloraba sin causa, como la flor derrama el rocío que atesora. Lloraba angustiada, quizás por un instinto del alma que presagiaba futuros dolores; y mientras mi llanto se deslizaba de mis claros ojos, clavados en la bóveda del mundo, suspiros quedos y suaves esparcía la nocturna brisa que besaba mis cabellos.

Entonces fijé mis ojos humedecidos, en tres estrellas claras y titilantes, que á igual distancia parecían un cintillo de brillantes estendido sobre el éter.

¡Cuánto me complacia su fulgor! Eran esas bellas hijas de la noche, llamadas generalmente las *Tres Marias*.

II.

Por qué al verlas se agitó dulcemente mi corazon?

Por qué mi llanto se enjugó?

Sábelo Dios.

Pero es lo cierto que su luz amiga me parecía un presagio feliz para el porvenir; y mis lágrimas cesaron á su benéfico influjo, y mis labios se entreabrieron con infantil sonrisa, y mi voz triste y suave entonó un canto inspirado por la celeste constelacion.

Despues cuando era feliz, y mi pecho rebosaba de esperanzas y ensueños de ventura, buscaba mis *Tres Marias*, que parecían retratarse en mis ojos.

Mis labios las llamaban amorosamente, y en mi cándida inocencia interpretaba su rielar por misterioso lenguaje.

¡Cuánto les dije!

¡Cuanto me dijeron!

Santas conferencias de la niña á las estrellas.

III.

Pasaron años..... y viajes.

El bajel me arrebatava lejos de mi encantadora Andalucía, y al ver perderse en lontananza sus risueñas playas, tendí desolada mis ojos por el mar que me cercaba y luego..... miré al cielo, y *ellas*, mis estrellas bendecidas, me sonreían.

Lloré largo rato, y mas tarde recostada en la popa de la nave, dejé á merced de la brisa marina mi suelta cabellera, que semejante á una larga y dorada red, me envolvía en sus rizadas ondas y mi boca trémula de dolor articuló ese canto indefinible compuesto de cadenciosos gemidos que en mi Sevilla inolvidable aprendiera cuando niña.

Canto tristísimo, que espresa en sus quejas prolongadas el poético lenguaje de los árabes.

Canto suavísimo que recuerda el trino del ruiseñor, y el llanto del desterrado.

Canto que modula la voz y el corazon.

IV.

Cuando mi alma sufre; cuando estoy sola; cuando llamo en mi memoria los pasados recuerdos, los evoco con el mágico influjo de esas notas suspirantes que llaman la *Soledad*.

Y en aquella noche contemplando mis hermanas del cielo, lo entoné ténue y dolorido. La letra es improvisada siempre, y á ella acomodo mi espíritu y mi recuerdo.

Tan triste debió ser mi acento, que un viejo marinero que me escuchaba silencioso, enjugó con su tosca mano, una lágrima que asomó á sus ojos enternecidos.

Sí: era muy doloroso mi canto.

Yo me despedía de mi patria adoptiva.

Mis ideas las vertía simultáneas en mi cancion de despedida.

Poco á poco mis ojos se cerraban.

Mi cabeza se inclinó en el brazo que tenia estendido sobre el doblado albornoz en que me reclinaba y.... me dormí.

V.

Soné que las estrellas mis hermanas, como yo las llamaba, tomaban forma, y se transformaban en tres jóvenes hermosas.

Una me cogia las manos.

Otra apartaba mis cabellos de la frente con suavidad para besarme en ella.

Y la tercera me ofrecia un ramo de flores embalsamado y bellísimas.

VI.

Distintas eran sus fisonomías.

La que tomaba mis manos era de semblante agraciado, franca sonrisa, morena tez, castaño cabello, ojos grandes y risueños, y delicado talle.

Alta y blanca era la que besaba mi frente: de azules ojos: rubio oscuro el cabello: dulce sonrisa: pensativa mirada: labios rojos, y lánguido ademan.

La del ramo de flores tenía el cabello blanco y sedoso: alabastrino el color: serenos los ojos: boca de clavel: inteligente mirar.

Y las *Tres Marías* de mi sueño me hablaban de amistad, de ternura, de ausencia; de consuelo, de esperanzas y de Dios.

Quiénes eran?

De dónde venían?

A dónde hallarlas?

El sueño se disipó, y ellas volvieron á brillar solo en el cielo.

VII.

Llegó el término de mi viaje.

En Santa Cruz de Tenerife hallé una de mis *Tres Marías*, mi querida hermana.

Poco después otra joven querida, me ofrecía su cariño sincero.

También se llama María.

Me faltaba la tercera, la de las flores, y á pesar de la distancia que de ella me separa, la encontré al fin.

Y ví realizada la vision de las estrellas.

VIII.

Hallé mis *Tres Marías*, que me encantan con su fraternal afecto.

La primera, la que me estrechaba mis manos en sueños, las estrechó después consoladora, cuando mis lágrimas corrían.

La segunda, la que besaba mi frente en mi aparición, la besó mas de una vez en realidad llamándose su hermana.

La tercera, la que me brindaba flores en mi letargo, me las ofreció mas tarde llenas de ternura.

Las flores imperecederas del talento.

IX.

Una de mis *Tres Marías* está á mi lado.

Las otras están lejos, muy lejos....

Pero qué importa si las reuno en mi corazón?

Qué importa la ausencia á los que bien aman?

Podrá entibiarse por eso nuestro cariño?

Nó.

X.

Las *Tres Marías* de la tierra alumbrarán el peregrinaje de mi vida.

Las *Tres Marías* del cielo alumbrarán el tránsito de mi muerte.

VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

LA ASCENSION.

"*Qua sursum sunt querite.*"
(S. Pablo á los Colosenses, c. 3, v. 1).

Apartemos por un momento la vista de las cosas del océano del mundo, agitado y turbulento mar de encontradas pasiones. Acojámonos á la barquilla del pescador, fuera de la cual no hay salud para el hombre, y dirigiendo el rumbo hácia el Cenáculo meditemos con los Apóstoles en el sublime misterio que hoy celebra nuestra religion sacrosanta con himnos de celestial dulzura.

Cumplido el tiempo de los cuarenta dias, señalado por Dios, quiso el Salvador de los hombres dar una muestra de su grandeza allí donde comenzara á gustar el amargo cáliz de la Pasion en presencia de sus Apóstoles.

Estando en el monte de las Olivas levantó Jesus las manos y les bendijo recitando quizá las consoladoras palabras de la Antigua Ley: "Bendígaos el Señor y Él os guarde: convierta su faz para miraros con buenos ojos, y conceda la paz por siempre." ó bien aquella tiernísima invocacion que nos dejó consignada en la Ley de Gracia su discípulo predilecto: "Ampara, Señor, á estos que me diste para que sean una cosa contigo, como yo y tú lo somos, para que suban luego á donde yo subo y vean la claridad que me diste."

A poco de haberse elevado sobre la region del aire, iba subiendo, no como el profeta Elías conducido en una carroza de fuego; ni apoyado en las alas de los ángeles, sino por su propia virtud.

Mirando los discípulos como subía Cristo, una nube le recibió en su seno y le ocultó á sus ojos, cumpliéndose así la profecía: "pones tu subida en una nube y andas sobre las plumas de los vientos."

Estasiados al contemplar tanta grandeza, y enagenados de júbilo, vieron subir su Divino Maestro ceñida la frente de gloria, acompañado de millares de millares de justos, y de millares de millares de querubines.

Vinieron dos ángeles con túnicas blancas y les dijeron: "Varones de Galilea ¿qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesus que partió de entre vosotros, así volverá como le visteis subir."

"Padre mio, carro, carro de Israel y guia suya, ¿á dónde vas y nos dejas? Ay de los pobres desterrados!"

"Y dejas Pastor santo,

"tu grey en este valle hondo, oscuro,

"con soledad y llanto!

"¿Y tú rompiendo el puro

"aire, te vas al Inmortal seguro?"

Así prorumpia Fr. Luis de Leon en su magnífica oda, cuando la media luna huía despavorida á los últimos confines de Europa ante la Cruz que brillaba en el pecho de nuestros abuelos; cuando su fé ardiente plantaba el lábaro de la cruz en los re-

motos bos
truo de C
siones del
los temple
llosos sus
millones
lengua de
medio del
de los sac
tro imper
Dios era

Ah. jco
el dulcisi
cribir aho
tos de am
nuestros t
los tabern
mo la mu
del placer
do como t
las saetas
ellas á los
Ah! cor

"Aques

"¿Quié

"Al vie

"Estan

"¿Qué

"Ay! n

"Aun d

"¿Dó v

"¿Cuán

"¿Cuán

Pobres
ricos por
un Gran
mos firme

No des
vador era
oracion s
y allí esp
diese alie
iglesia.

¿Por q
huye al m
mos en el
tros enem
fuego y ce
píritu de

El Señ
con su pa
padas ola
de tumul
vicios que
los nubar

No har
impío de
de tí una
cielo."

"Subar
llega el di

motos bosques del Nuevo Mundo; cuando el monstruo de Caharegia se agitaba en horribles convulsiones debajo de sus piés; cuando se multiplicaban los templos del verdadero Dios levantando orgullosos sus cúpulas hasta las nubes; cuando cien millones de almas cantaban sus alabanzas con la lengua de Cervantes en el silencio del retiro, y en medio del tumulto de las ciudades; cuando la voz de los sacerdotes de Jesucristo resonaba en nuestro imperio que el sol alumbraba siempre; cuando Dios era adorado en espíritu y en verdad.

Ah, ¡con qué palabras explicaría su sentimiento el dulcísimo cisne salmaticense si hubiera de describir ahora *este valle hondo, oscuro!* ¡Qué acentos de amargura exhalaría su mística lira al ver en nuestros tiempos rodar por el suelo hechos astillas los tabernáculos del Señor? ¿Qué diría si viese como la muchedumbre adora á los ídolos del oro y del placer y se gloria en sus imágenes? ¿Qué viendo como templan los pecadores su arco y preparan las saetas en su aljaba en lo oscuro para herir con ellas á los rectos de corazón?

Ah! con cuanto dolor esclamaría entonces:

"Aqueste mar turbado
 "¿Quién le pondrá ya freno, quién concierto
 "Al viento fiero airado?
 "Estando tú encubierto
 "¿Qué norte guiará la nave al puerto?
 "Ay! nube envidiosa
 "Aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
 "¿Dó vuelas presurosa?
 "¡Cuán rica tú te alejas!
 "¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay! nos dejás!"

Pobres y ciegos por naturaleza, es verdad, pero ricos por la joya de nuestra esperanza. Tenemos un Gran Pontífice que penetra los cielos, tengamos firme nuestra esperanza.

No desmayaron los Apóstoles al ver que el Salvador *era ido*, antes por el contrario, haciendo su oración se volvieron á Jerusalén con grande gozo y allí esperaron á que el Espíritu les confortase y diese aliento para trabajar en la edificación de su iglesia.

¿Por qué pues hemos de decir á nuestra alma, huye al monte como pájaro perseguido? Confíemos en el Señor, y sentirán su mano todos nuestros enemigos: lloverán lazos sobre los pecadores, fuego y centellas, y el cáliz de sus delicias será espíritu de tempestad.

El Señor Dios nuestro, que calma las borrascas con su palabra, que con su dedo detiene las encrespadas olas del océano, pondrá freno *al mar turbado* de tumultuosas pasiones; disipará las nubes de los vicios que nos roban la vista de su rostro como los nubarrones el sol.

No hará con nuestras súplicas como con las del impío de quien dijo Jeremías: "Pusiste delante de tí una niebla para que su oración no llegase al cielo."

"Subamos con Cristo con el corazón, mientras llega el día que le sigamos con el cuerpo. El nos

dará alas de águila con que volar en su seguimiento, para llegar hasta donde pone su nido en lo más alto del cielo."

"Cantemos al Señor Dios nuestro, y adoremos el escabel de sus piés."

"Sube Dios con júbilo y con voz de trompeta, llevando cautiva á la cautividad."

"Convirtió en gozo nuestro llanto, desgarró nuestro saco y nos vistió de alegría."

"Subid, Señor, á vuestro descanso: levantaos sobre los cielos: subid sobre los querubines."

"Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir virtud y divinidad, honra y gloria, fortaleza, bendición y alabanza por todos los siglos."

"¿Quién es este que viene de Edon, hermoso en su vestidura, caminando con la muchedumbre de su virtud?"

"Cantemos al Señor que sube sobre el supremo cielo al Oriente."

"Señor, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! tu magnificencia se eleva sobre los cielos."

LUIS DEL BARCO.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(CONTINUACION.)

—Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del soberano y del pretendiente á la soberanía.

—Quién es esa mujer? preguntó el rey balbuciente de ira y con los ojos hechos centellas. Quién es esa mujer? replicó levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba á contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademan de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habian dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin despues de unos momentos de agitacion y duda:

—Floriana es mi esposa.

—Una española! El hijo del monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

—Cuando Recesvinto conoció á esa joven, repuso Froya, no eras tú nuestro rey todavía.

—De todas maneras....

—De todas maneras, el amor de Recesvinto á su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolucion que trastorne el estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degeneren en hereditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo, que por desgracia no te será muy necesario.

El altanero duque hizo al rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El príncipe y el rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

II.

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelión contra Tulga, los capitanes fieles al joven monarca persiguieron tan hábil y constantemente á los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazón Recesvinto de órden de su padre en los confines de la Celtiberia, y habiendo pasado á vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hácia unos valles situados á cinco ó seis millas de la ciudad y al oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse. La espesura y soledad de aquellos valles y lo que se contaba en particular de uno, le hacían creer que no podría ofrecerle mas acomodado asilo para un reo de estado. Subiendo pues y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á una poblada de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino: desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodo á cada lado, continuaba luego, ya con mas, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unían en medio del llano; el uno bajaba de los cerros del Sur, el otro nacía en la misma pradera, y ambos recogían los muchos manantiales que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados y á trechos vestidos de impenetrable maleza defendían por do quier la entrada del valle, sirviéndole de impenetrable muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habían rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas, cuyos vástagos nunca encentados por el hierro, habían adquirido una elevación y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo, impedían la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él y formaban abajo estensos tremedales ó charcos cubiertos de bellísimo y engañoso verde, praderas nadantes donde se sepultaba el incauto que ponía el pie en su movable superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos, que desarraigados por el curso incesante de las aguas, habían caído en ellas, y elevando en el fangoso suelo sus ramas, se habían convertido en raíces allí, y habían producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á

la planta humana; la hermosura de la porción de vega que podía descubrirse desde uno ú otro punto, y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, ajenas de cuanto pasaba en el mundo, habían dado ocasión á que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de Valle del Paraíso (1).

Delante de uno de los portillos ó gargantas del valle se encontró Recesvinto, y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro á toda costa. Apeóse del caballo que estaba enseñado á seguirle; rodeóle las riendas al cuello, y apoyado en la lanza comenzó á sondear el terreno por todos lados para descubrir por donde podría caminar sin peligro. Saltando de roca en roca y de ellas tal vez á un árbol caído que prestaba el servicio de puente, abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas cuando el agua era poca y el fondo firme, llegó á un parage donde un peñón altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenagal profundo que se extendía delante de él le servía de foso. Para acercarse á aquella pared, construida por la naturaleza, no había mas punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos pies de grueso, á manera de columna millaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso.

Por uno de aquellos caprichos que no tienen mas fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco: antes aquella inconsiderada resolución le puso en el mas grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó á bajar hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver á saltar hácia la orilla haciendo como antes hincapié en la lanza; pero la lanza se le hundió también y húbola de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecía salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñón inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas sin que se viese de qué mano venía echada. Asió del torcido cáñamo el apurado joven tan alegre como atónito, subió ligero por las firmes traviesas, y al llegar á la cima de la peña su pasmo rayó en lo inexplicable.

Tras el borde del peñasco, labrado á pico por la parte de adentro, á semejanza de pretil ó parapeto, de donde pendía la escalera enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció en seguida una niña hermosísima, ó mas bien un ángel tutelar encarnado bajo la cándida figura de una muchacha de nueve ó diez años, la cual, echada de pechos sobre el pretil tendía cariñosamente los tiernos brazos á Recesvinto. Maquinalmente el joven prófugo tomó la mano

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces acá; pero hace mil años sería otra cosa.

de la niña para trasponer el borde de la peña: la agitacion producida por el riesgo pasado y la aparicion presente le tuvieron mudó un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decia con acento de inefable dulzura:

—Bien pensaba que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

—Dime por Dios quién eres, celestial criatura, prorumpió enagenado Recesvinto, mirandó de hito en hito á su libertadora.

—Soy Floriana, respondió graciosamente la niña; vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los únicos que habitamos el valle.

—Son esas las únicas personas que conoces?

—Conozco además al sacerdote Agivario; pero yo jamás he salido de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios trajera para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso; y como reparase en la escala de que se sirve Agivario cuando se marcha, yo no sé á donde, me dije á mí misma: si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenérsela preparada. Inspiracion fué seguramente del cielo: apenas la arrojé por encima del peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

—Tú sí que estabas destinada por él para salvarme la vida, repuso Recesvinto estrechándola en sus brazos, como se abraza á un niño.

—Ven á que te vea mi padre, ven pronto.

Asióle ella de una mano y él la siguió.

Después de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal que se perdería en aquel laberinto mil veces el que no llevara guía, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por parte en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz sino en los meses invernales, salieron á sitio mas despejado. Allí se echaba de ver la mano inteligente del hombre; por un lado se descubrian mieses, por otro viñedos, y árboles fructíferos casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena: una ligera columna de humo que se elevaba por los aires indicaba una habitacion: indicábanla tambien numerosas bandadas de palomas que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atencion de Recesvinto; pero era solo por un instante; lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu era su encantadora guía.

La estatura y forma de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido á una gran claridad de ingenio y una gracia esquisita, daban á su conversacion un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realizaba con la espresion celeste de la fisonomía: el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blanquísima, con el tierno rosicler de sus megillas virginales, con la figura indefinible de sus labios; parecia ageno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y po-

blada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, menos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecian la blanda armonía del todo: la hija del valle tal como brillaba á los ojos de Recesvinto era una niña hechicera próxima á ser una beldad.

Salía de la casa el anciano Fulgencio cuando su hija y el huésped llegaron á ella. Vió con sorpresa á un forastero en el valle, pero oyó con benignidad la relacion de su entrada. Al repetir Floriana aquella espresion, "este es el compañero que Dios me envia," sonriéndose apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al jóven godo, y le abrió en seguida los brazos llamándole hijo.

En aquel valle, mansion de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los mas apacibles de su vida.

Fulgencio, español de origen, atropellado en su juventud por un general orgulloso, se habia retirado á aquel valle inculto, cuyo terreno le pertenecia. En él habia pasado largos años solo con un esclavo: una casualidad le hizo conocer mucho después á la virtuosa y bella Pomponia, con quien se unió al pié de los altares y vivió feliz algunos años: fruto de su casto seno fué la inocente Floriana. Al cumplir la hija el primer lustro, falleció la madre.

Conoció Recesvinto, durante su permanencia en el valle, lo que jamás antes hubiera creído posible, que un individuo de la clase villana ó plebeya, un español, ó como se decia entonces un romano, poseyese las luces y el valor que la clase vencedora consideraba como patrimonio suyo. Fulgencio, ocultando su estirpe, habia militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. Conocida su cuna, le habia sido quitado con ignominia el cingulo de guerrero. Fulgencio leía y esplicaba á César, á Virgilio y á San Isidoro: Floriana, enseñada por su padre, habia leído las *Geórgicas* y los *varones ilustres*.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo que habia sido recogido por un esclavo, ó mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano no habia esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el español y la española.

—Tú eres sin duda, repetia Floriana, tú eres el compañero que me está destinado.

—Sí, ángel mio, exclamó Recesvinto, cediendo á un impulso desconocido, irresistible; yo lo soy, yo he de serlo; no sé cuando volveré á verte, pero yo volveré. Espérame, y no desconfies aunque tarde.

Partió.—Tardó.—Volvió.

El amor y el respeto á su padre le mandaban abandonar aquel asilo impropio de un guerrero.—Partió.

Quindasvinto fué elevado al trono de España: las grandezas y los cuidados rodearon á su hijo.—Tardó.

Pero los cuidados de su gerarquía le abrumaban y las grandezas dejaban en su alma un vacío.—Volvió.

Floriana crecia en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repetia cada vez con mas frecuencia sus

visitas al valle, alejándose de la corte, ya con uno, ya con otro pretexto. Comprendió que poco á poco habia ido brotando en su corazon un afecto que ya era una pasion vehemente: recordó la ley que le impedía recibir en su tálamo á una romana, recordó las obligaciones de príncipe y quiso cumplirlas. El rey su padre le habia instado de continuo para que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto á vencer su flaqueza, cedió á los deseos del rey y entregó el anillo de los esponsales á la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo cual quedaba obligado, segun la ley, á casarse con ella dentro de dos años á mas tardar; bien que todavia era posible escusar el matrimonio, si convenian en ello ambos contrayentes. La comparacion entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa á la hija del valle, que ella sola condujo al príncipe á pensar en lo que si no jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposa de la humilde española. Dejó pues trascurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó hácia el Valle del Paraíso. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó á notar frialdad en el príncipe, lo autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad: el rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería ó por prudencia, no habia querido pedir cuentas al rey. El príncipe acudió al valle, como ya dije, y se casó secretamente con Floriana, sin revelar su gerarquía: para ella Recesvinto solo era un romano natural de Toledo: esto es lo que habia dicho á Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su cabaña: el nombre con que se habia disfrazado era Eliodoro. Fulgencio no existia ya.

Todas estas cosas hubo de referir ó explicar Recesvinto á su padre despues de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el príncipe. Flavio oyó á su hijo con la imperturbabilidad cénfida de su carácter enérgico.

—Tú me encareces, le dijo al fin, las prendas de esa romana y aun las de todas: yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un godo.

—Qué blasfemia, padre! Si conocieras á Floriana.... ¡si tuvieras ocasion de conocer sus virtudes....

—¡Si esas virtudes se sujetáran á una prueba....

—Hazla.

—Tú me desafías.

—Sí.

—Insensato! dijo el padre en el tono del que teme que le adivinen lo que piensa. Retírate á tu cuarto y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

III.

Veinte dias despues todo era confusion en el va-

lle; sus desembocaderos habian sido franqueados con el hazadon y el hacha; huéspedes turbulentos, soldados destructores habian desterrado de aquel recinto la antigua paz: las reses espantadas se habian refugiado entre los matorrales; las palomas torcaes que diariamente venian á recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habian huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y á los criados de Floriana se les habia prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba recatadamente una noche en una humilde casita del arrabal de Toledo. Los soldados habian sido enviados al valle por el rey: Floriana habia salido de él por disposicion del príncipe.

Cuando ponía el pié en el umbral de la estancia que iba á ocupar, Recesvinto penetraba en ella por la puerta de enfrente. Arrojárónse los enamorados consortes el uno en los brazos del otro: mil honestas caricias y lágrimas de júbilo espresaron mudamente lo que sentian en aquel primer momento. Esposo mio! esposa mia! fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

Hados y lodos hacen pobres y afortunados.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

